

LA UNIVERSIDAD EN
NUESTRO TIEMPO



LA 175
E3
1973

LUIS M. FARIAS

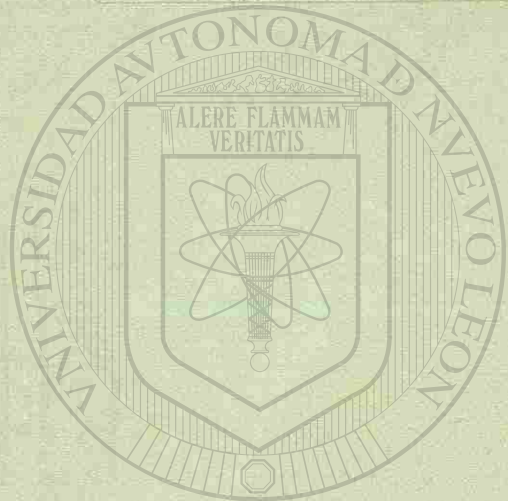
IA 175

F3

1973



1020111412



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

0112 - 02960

LA UNIVERSIDAD EN NUESTRO TIEMPO

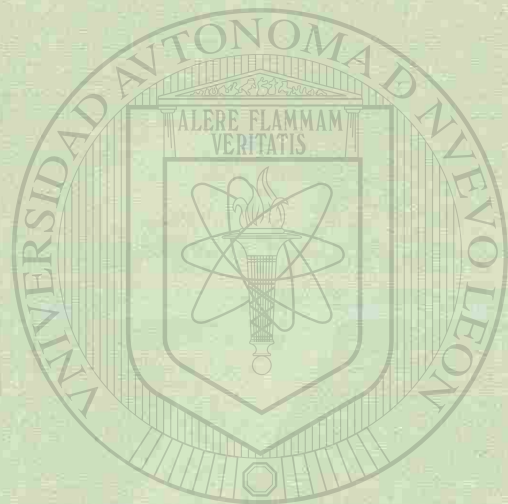


LUIS M. FARIAS

20175

F3

1973



Esta es la parte final del Informe de Gobierno presentado por el licenciado Luis M. Farías el 10. de Marzo de 1973, en su carácter de Gobernador Constitucional Substituto de Nuevo León, en la que se expresan ideas sobre la Universidad en nuestro tiempo.

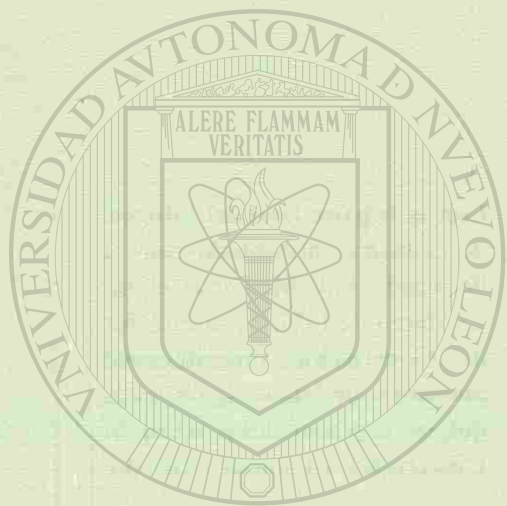


FONDO UNIVERSITARIO

62708

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Conforme el tiempo pasa y la población crece, los problemas se multiplican y los asuntos que se deben atender se hacen más complejos. A todos hemos dado frente y a todos hemos procurado encontrar solución. Hemos querido hallar el equilibrio sano entre la administración y la función política, entre la obra material y la intangible pero indispensable tarea de armonizar tendencias, esfuerzos, opiniones, creencias y maneras de ser.

En ningún momento hemos, mis colaboradores y yo, escatimado esfuerzo ni puesto límite de tiempo para atender lo que consideramos necesario a la buena marcha de la cosa pública en Nuevo León. Creo que esta actitud ha encontrado comprensión y buena voluntad de una gran mayoría de los nuevoleonenses. ®

De la multiplicidad de problemas que tenemos en Nuevo León, dos tienen singular entidad y ambos son ciudadanos: el de los marginados carentes de habitación que se convierten en poseedores y el de la educación superior.

Ya al hablar ante el pueblo que manifestó el 20 de octubre pasado expresé que los ocupantes de terrenos ajenos suelen no ser delincuentes sino desesperados, de los que se aprovechan en ocasiones personas con intereses muy otros que la solución de sus problemas. Es por eso que ahora propongo la creación de un fideicomiso para promover el desarrollo de nuevas zonas de poblamiento, regenerar las existentes que de manera más urgente lo requieran y operar un sistema de financiamiento que dé solución al problema de falta de terreno para erigir sus casas de las familias de escasos recursos y que no quedan comprendidas dentro de los programas de vivienda de los organismos oficiales.

Para lograr estas finalidades, el fideicomiso se encargaría de constituir reservas territoriales, para en ellas realizar urbanizaciones de tipo popular con los servicios mínimos indispensables, y vender a plazos adecuados y módicos intereses, a fin de que los carentes de terrenos y poseedores de escasos recursos, puedan adquirirlos legalmente. Son aproximadamente 10 mil familias las que se encontrarían en tal situación en los próximos tres años, para lo que se estima se requieren 66 millones de pesos. Creemos que podrá crearse en forma bipartita por los Gobiernos Federal y Estatal, independientemente de la encomiable labor de legalización de posesiones que realiza el ayuntamiento de Monterrey.

El tema de la educación superior no es un problema que sólo tengamos nosotros en este Estado; en verdad, es un problema de todo el país y quizá

del mundo. Es un problema de la época, que obedece a múltiples razones.

Como es asunto de auténtico interés general, vale la pena que todos nos preocupemos e intentemos juntos encontrar sus orígenes y las soluciones posibles. En la medida en que esto se logre, habremos de conquistar una vida mejor para nuestros hijos.

Que la juventud estudiantil está insatisfecha, es un hecho evidente. Que en tanto esa insatisfacción no encuentre cauces que apunten a una solución, la inquietud y la agitación latente permanecerán como una amenaza para la tranquilidad social.

¿Qué es lo que inquieta a esta juventud? Unos nos dicen que estima injusta la sociedad en que vive dentro del mundo llamado liberal-burgués. Otros, que la verdadera causa tiene características más pragmáticas y lo que angustia a los estudiantes de hoy es la inseguridad de hallar trabajos bien remunerados al término de su vida escolar.

Quizá la verdad no sea una o la otra, sino las dos superpuestas y entremezcladas. No les gustan las formas de vida y sí temen el futuro de su actividad profesional.

Veamos esto con detenimiento. ¿Qué persigue la Educación Superior? ¿Qué antecedentes tiene la vida universitaria?

La educación superior tiene como meta hacer al hombre capaz de la práctica de la virtud y de la vida buena, lo que implica el desarrollo de la per-

sonalidad toda en una relación equilibrada en sus aspectos físicos, intelectuales, estéticos y morales. La educación ha de buscar formar hombres aptos para dar sentido a su propia existencia, trabajadores, productores y consumidores, aptos para participar en la vida económica del país, ciudadanos aptos para asumir su función dentro de la vida democrática con responsabilidad.

Pero además, ha de formar hombres capaces de adaptarse al cambio y ser factores conscientes de un cambio continuo hacia una vida más cabal y más justa, con auténtico equilibrio entre los intereses propios y los de la sociedad en que viven.

Un hombre culto de nuestro tiempo es aquel que reconoce la realidad y busca su mejoramiento. No podremos así llamar culto y útil al que niega lo que lo rodea y se encierra en una torre elefantina dando la espalda a la cruda realidad: la novela morbosa, la película pornográfica, la prensa que exagera, la televisión que excita, la agitación entre los jóvenes, la violencia rampante, la inequitativa distribución de los bienes producidos, el incontenible crecimiento de la población, la contaminación ambiental. Todo ello existe; el que no nos guste no le hace desaparecer. Sólo la acción dinámica y bien informada puede ayudar a que se modifique hacia el bien.

Para que el egresado de una Universidad dé sentido a su vida, será pues preciso que se haya convertido en un hombre culto que comprenda su tiempo y lo sienta. La cultura, decía un pensador político de nuestro tiempo, es aquel sedimento que nos queda una vez que se nos ha ol-

vidado lo que hemos aprendido. O sea que la cultura no es la suma de datos y de fórmulas, sino una manera de ser. Por eso hay quienes afirman que la cultura es forma de vida como expresión de espíritu.

Para constituirse en parte activa en la vida económica, se requiere cada vez un bagaje más amplio de conocimientos. Hace pocos decenios bastaba saber leer, escribir y contar para obtener una posición de relativa responsabilidad. Hoy, las exigencias son mayores y con el avance tan acelerado de la ciencia y la técnica, dentro de poco quien carezca de una sólida preparación ocupará el más bajo escalón de la ocupación y vendrá a ser un verdadero marginado social.

En cuanto a formar ciudadanos, es claro que los jóvenes de hoy tienen un afán mayor de participación; sólo que están decepcionados de las estructuras que han encontrado hechas y que estiman han vivido demasiado. Quizá lo que suceda es que los jóvenes carecen de información o bien, la que reciben está deformada. Podemos hablar de un "analfabetismo político". Los jóvenes saben que hay injusticia, que hay personas excesivamente ricas y personas excesivamente pobres, que las guerras no han sido evitadas, pues siempre hay un lugar del mundo en donde los hombres se matan unos a otros en nombre de ofensas reales o supuestas.

Y ante esos datos gruesos y viviendo en un país de formas democráticas, culpan de todos los fracasos del hombre a nuestras estructuras jurídicas, económicas y políticas, sin caer en la cuenta que

las fallas son en verdad del espíritu humano y no de las estructuras formales. Tan es así, que en todas partes vemos fracasos e injusticias. Las pasiones humanas tienen quizás más importancia que las estructuras que buscan restringirlas. El derecho lo que persigue es sujetar las ambiciones desmedidas, el deseo natural de usar la fuerza cuando se tiene, la tentación de aprovecharse del prójimo. Por eso el eminente tratadista Carnelutti afirma que el derecho quiere "sujetar la economía a la ética".

Ahora bien, hasta hoy no se ha encontrado un sistema más conforme a la razón para estructurar el Gobierno, que la democracia representativa. La democracia no sólo autoriza la expresión de la opinión y la participación de todos los ciudadanos en la vida política, sino que estimula la libertad y la formación cabal de la persona y propicia la obtención de satisfactores en relación al esfuerzo realizado. Todos los demás sistemas niegan al hombre la oportunidad de participar, le impiden expresar sus puntos de vista, le restringen el desarrollo de la personalidad en la libertad y matan toda iniciativa, al no permitir el aprovechamiento pleno de sus labores productivas.

Ante hechos tan evidentes para quienes han leído, vivido y viajado lo suficiente, y que sin embargo buena parte de los jóvenes no ven, urge hacer más claros e intensos los cursos de educación cívica desde los grados elementales, a fin de despertar el deseo de investigar y leer lo más posible sobre estos temas de interés político, en los cursos superiores.

La educación cívica habrá de ser en adelante más formativa que informativa, invitando al estudiante a participar y discutir. La lectura colectiva y la discusión posterior de las notas de información periodística sobre temas de actualidad, la elaboración de reglamentos y leyes hipotéticos, permitirán al estudiante prepararse para la vida ciudadana responsable y bien informada.

Estas finalidades que apuntamos para la educación, nos hacen ver la necesidad de un replanteamiento de las bases de la Universidad, para que pueda hacer frente a estas nuevas responsabilidades. Pero antes de pretender cambiar una institución, es preciso que la conozcamos bien, para poder estar seguros de que se va a cambiar por algo mejor y más acorde con las necesidades de la época.

La Universidad es una institución medieval que nace a fines del siglo XII y principios del XIII; pero como todo lo referente a la cultura, tiene antecedentes en Grecia.

Ya la escuela de Pitágoras en Crotona tiene como la Universidad, universalidad y especialización. Luego, en Atenas la Academia de Platón a la muerte del maestro es administrada por una comunidad de maestros y alumnos que viene a constituir un gremio, tal y como habrá de suceder en la universidad medieval. La Academia subsiste hasta el año de 529 de nuestra era, o sea que tuvo una duración de novecientos años. Debemos resaltar que en opinión de los que mejor han estudiado estas instituciones, la Academia desapareció por carecer de un contenido ético y haberse con-

vertido en mera fábrica de maestros y abogados. El edicto de clausura de Justiniano no es sino consecuencia de esa realidad. De cualquier manera, el ateniense de la época helénica vivía "una sociedad educativa". El drama, la poesía, la oratoria, la dialéctica forense, la escultura, la arquitectura, el baile, la música, llenaban de espiritualidad su vida y penetraban todo su ser. Sólo después se hizo necesario sistematizar y resumir el saber para hacerlo llegar a los que deseaban aprender. Así nace la pedagogía con las características generales que hoy conocemos.

La baja Edad Media es una era en que el estudio se apaga y sólo quedan como refugios de saber algunos monasterios en donde se conserva y se traduce a los clásicos de Grecia y de Roma. Pero las Cruzadas ponen a Europa en contacto con otro mundo, por aquel entonces más culto y civilizado; la caballería aporta su sentido ético y de asociación; renacen las ciudades y con ellas el comercio; los judíos traen consigo sus excelentes traducciones de Aristóteles; Europa tiene un idioma común, el latín; en los Conventos, los viajeros, sobre todo maestros y estudiantes, son siempre bien recibidos; los viajeros llevan y traen noticias; el mundo europeo estaba maduro para recibir a la Universidad.

En las ciudades se construyen catedrales, en éstas hay escuelas que enseñan las siete artes liberales heredadas de Roma: Gramática, Retórica, Lógica, Aritmética, Geometría, Astronomía y Música. En un principio esas escuelas sólo preparaban sacerdotes, pero pronto recibieron alum-

nos que no aspiraban a la carrera de la Iglesia. Con el tiempo se van añadiendo estudios especiales. Lo mismo sucedía en los monasterios. Pronto, maestros y alumnos buscan independizarse de la catedral y del monasterio, buscando para ello la protección del Papa o del Emperador. Como forma de organización, adoptan el gremio, para defender su privilegios y su posición en la ciudad, a los que llamaron "universitas societas magistrorum discipulorumque", o sea una sociedad gremial de maestros y alumnos. Con el tiempo, Universitas o universitate vino a designar exclusivamente a los gremios de maestros y alumnos.

La Universidad desde sus principios se desarrolló en la libertad intelectual. Contra lo que muchos creen, el propio método escolástico surgió con una célebre discusión entre maestro y alumno: Pedro Abelardo refuta al maestro Guillermo de Champeaux, y lo derrota, sobre el tema de los universales. Así debió ser; no es posible pensar en el desarrollo de la Universidad sin un hálito de libertad.

Pero esa libertad va desapareciendo con el paso de los siglos. Iglesia y Estado luchan por el poder dentro de la Universidad. Los diversos grupos van adueñándose de las Casas de Estudio e imponiendo criterios y formas de pensar. Y la Universidad, que nació con alientos de libertad en el siglo XIII, es estatista o sectaria para principios del siglo XX. Pocas son las grandes instituciones universitarias que se salvan de esta condición. Así, en nuestra América se inicia, al finalizar la segunda década, el movimiento autonomista en Argen-

tina. Esa llama cunde hacia el norte y llega a nosotros en la Universidad Nacional en 1929. En 29 se concedió la autonomía; pero fue en 1933 cuando se instauró el principio que le da contenido: la libertad de cátedra.

Esto que se veía como una aspiración es hoy cosa aceptada por todos. El Estado no tiene interés en dominar la Universidad, ésta ya no tiene que luchar frente al Estado solicitando lo que tiene como derecho propio. Las banderas de lucha que movían con pasión a los universitarios de hace algunas generaciones han dejado de serlo.

Los partidarios de la agitación *PER SE* y siguen usando como un *SLOGAN* el tema de la autonomía, con el afán de enfrentar a estudiantes contra la autoridad.

Lo único que hace falta es que se entienda bien lo que es autonomía y lo que es libertad de cátedra. Porque todavía hay algunos que nos quieren hacer creer que ellos sinceramente entienden la autonomía como extraterritorialidad, o la falta de respeto a las leyes que rigen a todos los habitantes de un país o de un Estado.

Entendemos por autonomía la facultad de autogobernarse en lo académico, pero dentro de los lineamientos generales de una Ley Orgánica que no se dan los universitarios a sí mismos, pues ello equivaldría a sustraerse a la vida de la sociedad a la que pertenecen y al orden legal existente. Quiere pues decir que esa facultad de autogobierno le permite a la Universidad organizar la forma de administrar sus fondos, de nombrar sus profesores,

res, de elegir sus autoridades, de aplicar medidas disciplinarias para los fines educativos. Quiere decir que los profesores son libres para exponer su cátedra, sujetos claro está al programa elaborado por la comisión respectiva en cada escuela. Quiere decir que los alumnos participarán a través de representantes en la marcha de la Casa de Estudios. Y que en ningún caso el Estado pretenderá imponer ni maestros ni doctrinas a la comunidad universitaria.

Debemos entender que la autonomía debe ser respetada desde fuera, pero también desde dentro. Viola, en mi opinión, la autonomía de la Universidad, el que desde dentro falta al respeto a la vida cultural de la Institución, el que convierte la Cátedra en tribuna de propaganda sectaria, el que utiliza la cátedra o el cargo representativo para promover la violencia, o para escapar al cumplimiento del deber. El que como maestro deja de asistir a impartir su cátedra, o toma como canonjía el cargo de investigador, daña la Universidad; el que como alumno organiza grupos para agitar y ejercer violencia sobre otros alumnos o sobre maestros, lesiona seriamente la Institución.

Si la clase se convierte en tribuna de propaganda política o en oficina de reclutamiento, se está abusando de la Autonomía y por ende se está violando ese derecho.

Que no se pretenda que la autonomía es impunidad, que no se crea que los edificios de la Universidad pueden ser refugio para delincuentes. Que no se piense que la autonomía es parapeto

para incitar a la violencia, a la comisión de delitos o para hacer la apología del delito.

Que no se haga de la autonomía un fantasma y de la juventud un mito. La autonomía es y ha sido respetada por los gobiernos, puesto que ninguno tiene interés en implantar una doctrina sectaria y ninguno pretende imponer como profesores a quienes no lo son. Más esto no quiere decir que por la autonomía la Universidad o los universitarios queden sustraídos al orden legal vigente.

Cierto que la juventud, es, por lo común, sincera, noble y generosa; pero se ha sostenido también que la juventud es además de todo esto, sabia, y es el caso que va a estudiar precisamente porque aún no sabe. También es cierto que de esa generosidad y falta de experiencia vital de los jóvenes, se valieron los fascistas para imponer los regímenes de Italia y Alemania anteriores a la Segunda Guerra. Y es que por su generosidad y desinterés, se le mueve a impulsos de emoción por los "neogogos", como llama Gaos a aquellos que ejercen sus artes de seducción y extravío en la juventud.

Los jóvenes que estudian merecen el mayor respeto y hacemos votos por su futuro en bien de México; pero poco respeto merecen quienes los desvían y los inducen a la violencia o a la holganza. Malos mexicanos son los profetas del desastre, los nihilistas de la cultura, los predicadores del odio, que ceban en la juventud toda su perfidia.

Lo que nos llama la atención es que algunos de los que se hacen llamar "defensores de la autonomía", buscan adueñarse de las universidades para destruir el orden social establecido al que llaman "represivo e injusto" y dicen pretenderlo en nombre de la libertad. Sólo que de antemano anuncian que correrán a todos los profesores que ellos nombran "reaccionarios", o sea que todo el que no piense como ellos será expulsado. Como se ve, es una muy curiosa manera de entender la libertad. Quiere decir que si llegaran a adueñarse de la Universidad estos defensores de la libertad, pronto serían despedidos todos los maestros que no siguieran la línea extrema de pensamiento de los triunfadores y desde luego los alumnos que no se ajusten a esa línea, también serán expulsados. Ya hemos tenido oportunidad de verlos en acción: No sólo se muestran intolerantes con aquellos que difieren de sus puntos de vista, sino que no titubean en el uso del rumor, la mentira, la calumnia, la intimidación y la fuerza para lograr sus propósitos.

Deben los universitarios evitar siempre que una minoría activa usurpe la representación y se ostente como si fuera la voz de toda la Universidad. Cada universitario debe ser consciente de su responsabilidad y nunca rehuir emitir su opinión franca y verdadera. Muchas veces el callar es lo que otorga fuerza, así sea aparente, a quienes más mal uso hacen de esa fuerza. Dejar hacer, mirar pasivamente y callar podrá ser lo más cómodo, pero no es ni honrado ni lo mejor para la Casa de Estudios.

Cierto que la sociedad en que vivimos necesita mejorar, cierto que hay injusticias sociales y económicas, cierto que la Universidad necesita reforma para ajustarse a las necesidades de un mundo cambiante; pero el remedio de los radicales, por lo que hace a la Universidad, es aún más repulsivo que la enfermedad.

Hay quienes quieren suprimir el diálogo, impedir que la Universidad sea el foro en donde las corrientes de pensamiento se enfrenten, confronten, choquen y de ese choque pueda surgir una verdad más luminosa. Hay quienes quieren la doctrina impuesta como verdad absoluta si bien no demostrada ni demostrable. Quieren suprimir la libertad.

La actitud de algunos de tales profetas del cambio no razonado, del cambio sin decir a qué, parece dominada por una confusión nihilista, pues ellos no buscan reformar sino destruir. No buscan entendimiento, sino que sólo predicán el odio, y provocan la violencia.

Lo grave es que estos predicadores impresionan a veces a la juventud de buena fe, que desea un cambio hacia el bien y que por otra parte está sobrada de energía. A esa juventud es fácil incendiarla con la prédica de lo falso, envuelto en las galas de la virtud. Si a un muchacho sin experiencia en la vida y sin conocimiento suficiente de la realidad, se le dice que hay que destruir para luego sobre las cenizas edificar un templo a la justicia, lo cree. La verdad es otra. Necesitamos aprovechar lo que tenemos, no podemos darnos el lujo de destruir. Nuestro pueblo necesita que se

construya y edifique. Cada bien que se destruye, lesiona más al pueblo que al dueño. Pongamos un ejemplo sencillo: ¿Qué gana el estudiante que incendia un camión de pasajeros urbano, qué gana el pueblo al que supuestamente quieren ayudar? La respuesta es: nada. En cambio, si pierde la prestación de un servicio que, por malo que haya sido, será necesariamente peor con una unidad menos. El dueño de aquel bien, si hemos de creer a los propios predicadores de la destrucción, es un señor opulento que desde luego no se va a quedar sin comer, ni tampoco sin medio de transporte para llegar al día siguiente a su oficina.

Casos verdaderamente dolorosos hemos sabido, el de algunos muchachos que, impresionados por esas prédicas de la destrucción, han destruido un laboratorio en su propia escuela. ¿Qué ganaron? Nada, y en cambio sí se perjudican en su preparación y de ello habrán de lamentarse mañana, al sentirse menos preparados que otros que dedicaron su tiempo al estudio y no escucharon el nuevo canto de las sirenas. A la juventud sólo debe hablársele con la verdad. Estos malos predicadores, estos malos maestros, merecerán el desprecio de la juventud cuando ésta se de cuenta del engaño.

Sobra de energía, demasía vital la del joven, que puede canalizarse como lo señalara Caso, hacia el juego o hacia el arte; nunca para destruir lo poco que tenemos.

La libertad académica —afirma Hutchins— es simplemente una manera de decir que se obtienen mejores resultados en materia de educación e in-

vestigación, cuando se deja la tarea en manos de quienes más saben. Y no como algunos pretenden, que sean los que no saben los que digan como hacer las cosas.

Pero ya sea que pensemos de una o de otra manera, hay hechos incontrovertibles: La Universidad es una necesidad social, la Universidad debe formar los profesionales que la época y el país demandan, la Universidad debe fomentar la investigación científica, la Universidad debe transmitir la cultura y hacerla llegar al mayor número en el cuerpo social; además es innegable que su estructura actual ha demostrado su insuficiencia para hacer frente a tan importante tarea y que el número de alumnos tiende a crecer geométricamente.

Ante esta realidad ha dicho el eminente educador Edgar Fauré: "Es la crisis de una cultura inmóvil en un mundo en transformación". Y como todos los grandes conflictos de la historia, es un conflicto espiritual. Quienes rehusan el cambio que el tiempo impone, están predestinados a ser arrollados por el tiempo y por el cambio.

¿Cómo hacer frente a esta necesidad de cambio? Hay quienes piensan que el problema es sólo económico. Y es bien fácil pedir cuando no se tiene que producir el dinero; muy difícil, cuando hay que generarlo y establecer un orden de prioridades en el gasto general. Otros piensan que reformas puramente legales bastarán a solucionar este intrincado problema. Algunos más, estiman que es preciso ir al análisis de los fines de la Uni-

versidad, sus programas de enseñanza y sistemas de trabajo, para superar el estancamiento actual.

En el fondo, todos tienen algo de razón: es preciso revisar los aspectos todos que se han apuntado. Sí implica problema económico, sí hacen falta reformas legislativas y, finalmente, debe analizarse toda la organización y funcionamiento de la Universidad para hacer más eficaz su labor en pro de la cultura.

Por economía no sólo debemos entender lo estrictamente pecuniario, sino también todo lo que signifique mejor aprovechamiento de los recursos existentes. De manera que no sólo se trata de incrementar subsidios e ingresos, sino conseguir que sea óptimo el uso de aulas, laboratorios y maestros, para ahorrar esfuerzos y mejorar servicios.

Las reformas legislativas habrán de ser sugeridas por los propios miembros de la comunidad universitaria que a diario viven sus problemas, con miras a hacer más ágil su funcionamiento y a evitar los obstáculos que la experiencia haya señalado como tales.

Lo último es quizá de mayor significación. ¿Cuáles son sus fines y qué métodos sigue para la enseñanza? Hemos dicho ya que la Universidad tiene por fines: a) Mantener vivo el acervo cultural del género humano y acrecentarlo mediante estudio e investigación; b) Preparar profesionales en las carreras que la época exige y los educadores que la cultura superior requiere; c) Sostener intercambio con las demás instituciones similares del país y el extranjero, para estar al día en el

desarrollo de la cultura y de la ciencia. Serán por tanto fines consecuentes: 1.—Impregnar el ambiente social en que tiene su asiento la cultura general; 2.—Propiciar la formación de personalidades capaces de hacer frente a los problemas de nuestro tiempo; y 3.—Propiciar las condiciones sociales necesarias para el desarrollo y gusto de las artes.

Todo ello requiere del goce real de la autonomía y la libertad de cátedra; de una organización efectiva para su gobierno y de una cada vez más correcta orientación vocacional.

Esta es la gran tarea de los universitarios. A su solución debemos ayudar todos, pues a todos interesa. Por modesta que sea una opinión, debe externarse, como lo hago yo esta noche.

La Universidad ha de ser un organismo público dotado de unidad y autonomía reales, para garantizar la efectiva libertad de cátedra y de investigación. Habrá de reunir el suficiente número de disciplinas diversas, para enriquecer su función y satisfacer las necesidades de la sociedad.

Urge tomar ciertas medidas de tipo práctico para garantizar el desarrollo de la investigación dentro de las Universidades:

1.—Asegurar la estabilidad de recursos financieros mediante subsidios y contratos de servicios, lo suficientemente diversificados como para evitar que la ausencia de una fuente paralice la operación. Hasta donde se pueda, estos fondos deberán ser ajenos a los fondos generales de la Institución;

2.—Otorgar la suficiente libertad de acción a los directores de cada programa de investigación, para evitar entorpecimientos y permitir la toma de decisiones sobre la marcha;

3.—Simplificar los procedimientos administrativos, para que las trabas burocráticas no atenen a los investigadores en su tarea, y;

4.—Estimular la formación incesante de investigadores, manteniendo una nunca interrumpida comunicación con escuelas e institutos, así como industrias relacionadas con el tema de la investigación, y renovando periódicamente los grupos sujetos a entrenamiento. Los directores de las investigaciones pueden estimular el interés de alumnos y graduados mediante la práctica de dar conferencias sobre la especialidad en las escuelas más afines.

Se logrará así despertar en los jóvenes la curiosidad de conocer. Debe procurarse que esa curiosidad se prolongue a lo largo de la vida, hay que inculcar la disciplina de investigación y estudio que permita comprender, dé el gusto por transmitir el conocimiento y se ambicione saber más cada día.

En la pedagogía tradicional se da al alumno un papel puramente pasivo; el profesor le proporciona un número determinado de datos que se pretende el alumno memorice, sin importar que haya o no comprendido el tema. Se busca un almacenamiento del saber y se hace un inventario periódico de muestreo.

En la pedagogía moderna, rara vez aplicada en

la enseñanza universitaria, se prefiere el diálogo en que el alumno tiene un papel activo de participación real. En la pregunta y la respuesta y en la conversación entre alumnos y maestros va haciéndose la luz, como en la vieja mayéutica de Sócrates. Se busca también el trabajo en equipos, ya que en la vida real de nuestra era se trabaja preferentemente en equipo.

El trabajo de equipo consiste en aprender a aprender, aprender a ayudar, aprender a ejecutar, aprender a obedecer y a mandar, aprender a ser miembro de una colectividad. Ordinariamente, nos dicen los expertos, se logra una nivelación hacia arriba.

Esta pedagogía de grupo permite al profesor valorar el grado de aprovechamiento efectivo, la comprensión y no la memorización de cada uno de sus alumnos. En el fondo, el estudiante se enseña a sí mismo y el maestro, a la vez, será un estudiante perenne que, al trabajar e investigar con sus alumnos, aprende todos los días.

El método más práctico probado por la experiencia secular, si de aprender se trata, consiste en ponerse a trabajar junto a quien sabe hacerlo. A su lado se observa, se imita, se critica después y quizá se supera. Los buenos hábitos de trabajo se aprenden sólo en la práctica repetida. Esto es tan evidente, que es cosa común que los médicos y los abogados al recibirse se vayan a colocar como pasantes de médicos y abogados de fama, a fin de complementar la educación teórica adquirida en sus facultades.

Lo anterior implicaría quizá un número mayor de maestros. Pero al pensar en una educación masiva, fragmentada la masa en grupos reducidos, podría pensarse en la formación de profesores adjuntos que, de acuerdo con las directrices del maestro titular, dirijan los trabajos y las lecturas de los alumnos. En algunos casos, los alumnos de años superiores podrán ocupar los puestos de adjuntos para los primeros años de una carrera.

El problema de crecimiento es serio, claro, pero eso no quiere decir que no analicemos este otro fenómeno: la mala distribución del número de alumnos en las distintas carreras y la falta de previsión en la demanda de ocupación.

Conviene hacer una selección conforme a aptitudes e inclinaciones, para evitar deserciones y frustraciones. Y una continua revisión de la demanda ocupacional profesional en los años por venir, evitando en lo posible la desocupación con título, que provoca la mayor de las amarguras.

Para lograr una racional distribución del registro en las distintas facultades sin recurrir al autoritarismo, es preciso procurar la más amplia difusión en las preparatorias de las características y oportunidades de cada profesión. Grande es la colaboración que a este fin pueden prestar los Colegios de Profesionistas. ®

Este punto es uno de los que requiere de mayor atención por parte de las autoridades de los centros educativos.

La nota característica de esta segunda mitad

del siglo XX es el derecho a la educación, que cada hombre entiende como suyo. A la Universidad puede y debe llegar cada vez un número mayor de hijos de obreros y campesinos, pues es la educación el mejor camino para la superación en todos los órdenes. No es fácil saber con exactitud cuantos hijos de campesinos y de obreros tenemos en las Universidades. Los alumnos con frecuencia declaran tener un origen que no es el real. Pero es evidente que la democratización no se ha logrado de una manera cabal, si bien se dan pasos gigantescos.

El número de automóviles último modelo que se ve en los estacionamientos de las universidades, nos indica muy a las claras el estrato económico familiar de un buen número de sus alumnos. Claro que tampoco sería justo ni democrático negar lugar al hijo del industrial o del banquero por su origen.

La selección vendrá durante el período de estudio: los no aptos se retirarán por sí mismos o serán tamizados en las pruebas periódicas. En una Universidad no debe haber más distingo que el de capacidad. Ciertamente no debe ser una institución pública sólo para los superdotados; pero ello no quiere decir que no haya quienes están incapacitados. No debe tomarse al pie de la letra aquello de Ortega, de que sólo debe enseñarse lo que el estudiante medio puede aprender, pues si el que juzga es menos que mediano extremará la simplificación del estudio, degradando el nivel a que aspira la Universidad.

Debemos aspirar a la integración plena de la

educación en todos sus niveles para hacer efectiva la selección. Esta debe ser un proceso que se inicie desde los primeros grados, con criterio de igualdad de oportunidades, capacidad, vocación y mérito demostrados con el interés en el estudio y la superación. Sólo así podremos evitar el enorme desperdicio de recursos pecuniarios y humanos que significa la deserción en la escuela superior. De esta manera, para bien del país, obtendremos una selección por capacidades y no por estratos económicos.

Todo lo anterior nos lleva de la mano a plantear el problema del crecimiento continuo del número de alumnos en las universidades. Tenemos que reconocer que el gigantismo en esta materia conduce a la deficiencia, a la torpeza de movimientos, a la esclerosis y quizá a la petrificación. Nos decía un viejo maestro: "Donde hacen su presencia las masas humanas, desciende el humano nivel medio". En ningún campo es esto más claro que en el educativo. Todo el que ha sido maestro y todo el estudiante observador lo saben: a mayor número de alumnos en un curso, menor rendimiento en el aprendizaje. Debe pensarse en la manera de evitar ese crecimiento del número en cada aula, dando más atención a los trabajos de seminario, de laboratorio y de campo. ¡No es tarea fácil a la que tienen que enfrentarse quienes dirigen las instituciones de cultura superior!

Será quizás preciso pensar en la limitación, no en lo global, sino en cuanto a cada universidad en particular. Cuando las ciudades rebasan el millón de habitantes, convendría establecer una serie de

Universidades distribuídas periféricamente evitando así los grandes conglomerados y la necesidad de un transporte prolongado y fatigoso para alumnos y maestros.

La centralización es negativa, la concentración ineficaz. Por otra parte, las universidades han de diversificar cada día más su programa de disciplinas, para hacer frente a las necesidades crecientes y cambiantes de la sociedad. Creo también que va a desaparecer la tendencia última de un monopolio regional del registro de alumnos. Se argumenta a su favor que el que se educa en lugar determinado sirve mejor como profesional en tal lugar. Creo que esto limita perspectivas, apoltrona y lleva a la desidia a los encargados de la educación, restringe aspiraciones del que se educa y va contra la movilidad característica del México actual, que busca su unidad e integración sin distingos, sin prejuicios, sin aspiraciones de privilegio.

Ya a partir de cierto grado en los estudios, el monopolio de reclutamiento por regiones y área geográfica se hará más difícil. Este sistema rígido tiende al decaimiento de los niveles académicos, pues con el crecimiento asegurado del registro, se espera naturalmente el aumento del subsidio oficial. Hacer más libre el registro provocará una sana competencia entre las instituciones de cultura superior.

Quizá pronto, en nuestro tiempo, vuelva a presentarse en un sistema libre el fenómeno de la Edad Media, merced a la elevación general de los niveles: que los alumnos vayan de una a otra Casa de Estudios para escuchar a maestros de

singular renombre; así como en los inicios de la vida universitaria, algunos viajaban a París para oír a Abelardo, en tanto que otros emprendían el viaje a Salerno para presenciar la destreza del cirujano Constantino el Africano, al tiempo que algunos más iban hasta Bolonia para sentarse a los pies de Irnerio y escuchar su explicación de las Pandectas.

Esta libertad que propiciará la competencia sana y el anhelo de superación tanto de los individuos como de las Instituciones, vendrá a enriquecer la cultura y hacer que ésta se extienda más, hasta permear, como se debe, todo el cuerpo social.

Lo que llamamos "cultura general" —y sólo siendo general es cultura— es algo que va surgiendo de la realidad que se vive y de los estudios que se hacen, es suma y resumen y zumo de todo lo que se ha aprendido, sin ser cada estudio en particular. La cultura se convierte en una manera de ser y en una actitud ante la vida, por ser visión de la vida.

Pero la Universidad, en su función de enseñanza para preparar a los profesionales que México necesita, ha de cuidar de la ciencia y de la técnica. Así se agranda la cultura, diversificando el saber. El saber aplicado no es una degradación del saber teórico, sino su complemento y consecuencia. La cultura debe integrar a la técnica en tanto que es producto del hacer humano.

En lo personal, me ha costado trabajo aceptar y entender el punto anterior; durante años ví la

tecnología como cosa inferior. Esta actitud supongo es producto de una educación humanista tradicional. Lo que llamamos "deformación profesional" es una realidad.

Ciencia y tecnología deben tomar el lugar eminente que les corresponde en la cultura universitaria moderna. Sin repudiarlo, el hombre de conocimiento científico va substituyendo al hombre de saber humanista. Bien que así sea; pero a condición de que el último no desaparezca. Pues si bien en esta era pragmática puede aparecer como simple ornato la cultura desinteresada como el arte, la estética, la filosofía pura, éstas son el sustento de todo el resto del saber, de ese saber que llamamos útil.

La Universidad además, habrá de proporcionar la educación permanente, es decir, la que se imparte no al escolar que busca grados para ejercer una profesión, sino la que busca el adulto, con o sin el antecedente de una profesión, pero anhelante de actualizar sus conocimientos o de ensanchar su espíritu en el saber. La labor de extensión universitaria deberá ser cada vez más intensa a través de conferencias, exposiciones, conciertos, cursillos, seminarios, etc.

He abordado este tema apasionante porque es y debe ser preocupación de todos. A todos interesa y por ende todos debemos pensar en él y buscar soluciones. Tiene tal trascendencia en la vida del país, que el señor Presidente ha sugerido la conveniencia de elevar a garantía constitucional la autonomía de las Universidades. Todo esto

ha provocado en mí las anteriores reflexiones, que apporto como tales al acervo común al que todos, sobre todo quienes actualmente viven en la Universidad, deben contribuir.

Encontrar solución a lo que consideramos crisis de la Universidad, es dar un paso importante en el ascensional camino de México, como lo desea el guía del pensamiento revolucionario mexicano, Luis Echeverría Alvarez.

Mientras tanto, en Nuevo León seguimos trabajando, sin pausas, sin desmayos, procurando en el esfuerzo acrecentar los bienes de la República de la que somos parte.



IMPRESORA MONTERREY, S. A.

UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA